



INSERTOS PARA BOLETINES

11 de mayo de 2025 - Pascua 4 (C)

Reflexiones sobre la resurrección - Semana 4

Durante el tiempo de Pascua, Sermones que iluminan se complace en presentar las reflexiones de obispos de la Iglesia Episcopal sobre la resurrección de nuestro Señor. Revise cada semana para una breve exploración de cómo la resurrección de Jesucristo de la tumba lo cambia todo.

La Pascua ocurrió por primera vez en un cementerio. No bajo la brillante luz del sol de una mañana de primavera. No en un campo de tulipanes en tonos pastel. No enredada en una prolongada celebración de celofán. La Pascua ocurrió en un cementerio. Rodeada de muerte. Incubada por sombras obstinadas. Llevada en un corazón roto. Recibida de forma inesperada por una mujer que ya no tenía sueños.

María Magdalena era una mujer valiente y audaz. Pero incluso las mujeres valientes y audaces pueden quedar devastadas por la impactante violencia de este mundo. Y en la mañana de Pascua, ella quedó devastada. Aunque tenía aliento en sus pulmones y sangre en su corazón, en cierto modo, María murió con Jesús, porque la violencia nunca es un incidente aislado; siempre hay daños colaterales; se propaga como una enfermedad.

Pero la resurrección también es contagiosa. Y en Pascua, María volvió a la vida con Jesús. En un cementerio, en medio de la muerte, había vida. Latiendo con la resurrección, María fue lo suficientemente valiente como para ver algo más que vacío en la tumba vacía. Tuvo el valor de ser la primera ciudadana del mundo pascual en mostrar su resurrección, en entrar con las mejillas manchadas de lágrimas en una habitación cerrada con llave de discípulos abatidos, que no sabían nada más que la tumba vacía, que aún no habían experimentado la vida de la resurrección, y testificar: «¡He visto al Señor!».

Fue una declaración asombrosamente audaz dadas las circunstancias. Ella viajó al cementerio para visitar un cadáver. Encontró que el cuerpo había desaparecido. Antes de decir una palabra sobre la resurrección, contó una historia de ladrones de tumbas. Y cuando la mala situación empeoró, se quedó llorando mientras los chicos se iban a casa.

Pero entonces llegó la Pascua, en un cementerio, donde mueren y entierran. Porque ahí era donde se necesitaba la Pascua. Y todavía se necesita. En este mundo de Viernes Santo, en este mundo en el que mueren y entierran, en este mundo en el que la desesperación ocupa un lugar destacado, necesitamos una Iglesia que haya experimentado la Pascua y haya sentido el aliento de Cristo Resucitado. Necesitamos cristianos que sean lo suficientemente valientes y audaces para mostrar al mundo su resurrección.

No tenemos que conformarnos con un mundo de Viernes Santo. No tenemos que aceptar la muerte y la violencia, las pesadillas y la desesperación. No tenemos que resignarnos al flagelo de la guerra, a la plaga de la adicción, a los simulacros de refugio en el lugar en las aulas de jardín de infancia, a la discordia partidista, al racismo y a los prejuicios odiosos. Esas cosas son demasiado reales, pero no son la realidad que Dios quiere para nosotros ni para este mundo.

Y ese es el milagro de la Pascua: la Pascua ocurre en este mundo, con estos dolores de cabeza. La Pascua ocurre a la sombra de la cruz. Ocurre en el cementerio. Está regada por lágrimas. No niega la realidad del dolor y la muerte; la Pascua desafía el dolor y la muerte. Es el sol que dispersa las nubes. Es un sueño mucho más verdadero que cualquier pesadilla.

El Dios de la Pascua nos desafía a soñar ese sueño imposible. A creer que los sueños imposibles pueden hacerse realidad. En este mundo. Dios nos llama a escuchar la voz de Cristo Resucitado, que aún susurra la resurrección, que aún proclama una nueva vida, en este mundo. Jesús sigue contando esa historia antigua y eterna, una historia en la que el amor vence, y la vida es más fuerte que la muerte, y la esperanza nunca es en vano.



Esta es la historia que transformará tu vida y brotará de tus labios. Sé lo suficientemente valiente como para ver algo más que vacío en esa tumba vacía; sé lo suficientemente atrevido como para soñar sueños imposibles. Y luego sé lo suficientemente insensato como para vivir como si esos sueños se hicieran realidad.

El reverendo Jeremiah D. Williamson es el décimo obispo de la Diócesis Episcopal de Albany. Está casado con Jennifer, una pastora metodista unida. Tienen dos hijos y un perro pequeño.